

LIMA, CIUDAD DE MIL FACETAS

Amanecer en los parques

Es hermoso pasear de mañana, muy temprano, por los parques de Miraflores y de San Isidro. No sólo a la hora de los enamorados, al anochecer, ni a la de los niños, después de mediodía, ni tampoco entre las diez y la una, cuando son los ancianos y los viandantes cansados quienes se instalan en las bancas. No, sino al amanecer.

Sí, entre las seis y las siete de la mañana. En ese lapso en que se alternan, en los meses de abril y mayo, la neblina que sube del mar y un sol que tiene aún algo de veraniego. Caprichoso juego en que se suceden dos componentes característicos de los paisajes de nuestra costa, uno con su abstracto misterio, y el otro con la azulada transparencia de los meses estivales. Alternancia, mas también dialéctica y por momentos coexistencia armoniosa, por sorprendente que pueda parecer. Esa blancura gris que asciende pausada por los terrosos acantilados, y envuelve poco a poco casas, árboles, edificios y postes de alumbrado, y adquiere por instantes un brillo casi refulgente, sin dejar de ser vaporoso. Y que no se prolonga, sin embargo, ya que pronto se afirma la primacía del sol.

El paseante se inclina, por cierto, en favor de esa claridad blanquecina, que una elemental intuición identifica con la vida. Mas lo que hay de triste y nocturno en los habitantes de esta ciudad, —el tanatos de que hablan los psicoanalistas— prefiere la pura niebla, con su inevitable asociación con un sudario. Así es, y quien deambula en esas horas matinales por el Olivar no dejará de percibir en su ánimo, por confuso y variable que sea, el conflicto en-

tre esas dos contrarias tendencias, y se felicitará, después, por el triunfo de lo que se vincula siempre con la integración y la alegría, aunque sepamos muy bien que más allá nos aguarda siempre el invierno, como al fin del día nos espera la noche.

Mas no son por cierto neblina y transparencia las únicas notas con las que uno se topa en los paseos tempranos. Está allí, por ejemplo, el recogimiento en que aún se encuentran sumidos los árboles, y que no es sólo una perduración inerte del reposo nocturno, sino un abstraimiento comparable, de algún modo, con la de la neblina a esa hora, como si tanto ésta como los árboles compartiesen un mismo gusto por la disolución y la lejanía.

¿Y qué decir de las fuentes? Irreales bajo esa luz, ven sucederse en su espejo, gracias a los soplos de la brisa, reflejos oscuros y destellos blancos, cerúleos, dorados. Fuentes de Lima que, en el sosiego de esas mañanas, son todo un símbolo de abstraimiento y autarquía. No hay niños a su alrededor, ni parejas ni viejos solitarios, y no están obligadas, por tanto, a dar testimonio de la fugacidad de la infancia y de la juventud, ni de la soledad de la ancianidad.

Pero más allá, por las calles aledañas, transitan ya el panadero con su carrito y el lechero con sus botellas. Se desplazan los autos y los autobuses, y los vendedores de diarios ofrecen su cotidiano aviso de escándalos, guerras y latrocinios. Es la ciudad que pone en marcha su dinamismo tentacular y alienante. Es así, y el paseante sabe que la calma de que disfrutó se acaba ya, y que las cosas siguen su curso habitual. Por ello mismo mira con mayor atención, y a lo mejor, entonces, descubre de pronto a una joven mujer que, sentada en un rincón, espera. Una mujer pobre que, a juzgar por su apariencia, aguarda el momento de reiniciar la búsqueda de trabajo en que se halla empeñada sabe Dios desde cuándo. Sentada allí, amamantando a su hijo.

Y viendo su ternura, su dedicación, el contemplador se olvida de la niebla, del sol esquivo, de las fuentes y los olivos, y piensa con esperanza que alguna vez, por lejos que sea, desaparecerán la pobreza y el aislamiento. Y se dice que los parques serán entonces, y no sólo al amanecer, espacios favorables para la reflexión y

el recogimiento, a la vez que incitación para la solidaridad. Sí, alguna vez, cuando Lima no sea más la capital de la desigualdad, la corrupción y el egoísmo que es ahora.

En La República, 10 de mayo de 1982.

William Betagh. Un pirata galante en Lima

Los nombres de piratas y corsarios evocan, por lo general, escenarios de mares azules y cálidos, con playas exóticas y galeones, fortalezas, tesoros. Nos hacen pensar en abordajes y saqueos, y en hombres duros, sedientos de riqueza, surcando los mares en naves que ostentaban la temible enseña de la bandera negra con una calavera. Salteadores del océano que si no acababan capturados ante los muros de Veracruz o Portobelo, o acuchillados en la isla de la Tortuga, terminaban como nobles en la corte de Londres, o como ricos mercaderes en los puertos de Saint-Malo o de Amsterdam.

Así los evocamos, inducidos no sólo por los libros de historia, sino también por las películas, las series de televisión, los libros de aventuras. Olvidamos que no solamente merodeaban por el Caribe, sino que frecuentaban también el Mar del Sur, y que como defensa contra ellos se levantaron en nuestras costas fortalezas y se armaron pesados buques de combate. Tampoco tenemos en cuenta que si bien fueron, en su inmensa mayoría, individuos incultos y casi bárbaros, hubo también algunos que sumaban a la vocación por la acción una cierta cultura, e incluso una particular curiosidad intelectual y maneras distinguidas.

El famoso inglés Francis Drake, que atacó Arica y el Callao en 1579, y fue el segundo navegante en dar la vuelta al mundo, manejaba con soltura, además de su idioma nativo, el francés, el español y el latín, y a menudo exhibió en su conducta cualidades

más propias de un señor que de un vulgar pirata. Richard Hawkins pertenecía a una conocida familia de navegantes, y fue hombre de mundo y de espíritu observador. Los corsarios holandeses Van Noort y Speilbergen se alejan también del estereotipo a que nos hemos referido. E incluso hubo entre los filibusteros del Pacífico, de tan mala fama como sus semejantes del Caribe, hombres que se interesaron en la geografía, la historia y las costumbres de estas regiones.

Entre estos se destaca, precisamente, un Captain of Marines de la expedición de Shelvocke, llamado William Betagh, sobre el cual no hemos podido conseguir mayores datos que los que consigna en su libro, y cuya visión de Lima, y el testimonio que dio sobre su estancia en el Perú, son de veras excepcionales.¹ Tripulaba un pequeño buque cuando fue capturado por los españoles a la altura de Payta, a fines de 1720, y llevado con sus compañeros a Piura, en el comienzo de un cautiverio que narra en una relación tan rara como entretenida, *A Voyage round the World* (Londres, 1728).

Allí fueron recludos en casa de un hidalgo, Jerónimo Baldívieso, con enorme alboroto de la población, que de inmediato acudió a ver a tan rara como temida gente. Pero en lugar de ser tratados como prisioneros, lo fueron con “respeto y civilidad”. Uno de ellos diría por eso, con malevolencia, que sucedió así porque nuestro autor era de la misma religión que los españoles, y de una nación hacia la cual se sentían muy bien dispuestos, con lo cual tal vez quiso dar a entender que era irlandés.

El caballero español tenía cinco hijas, a cuya vista, y por el modo en que los acogieron, dice Betagh, “abrigamos la esperanza de que el tiempo transcurriría con facilidad, y resultaría grato nuestro cautiverio”. Una de ellas, muy hermosa, tañía en el arpa canciones italianas e inglesas, a propósito de lo cual escribe nuestro autor: “y así, en virtud de la música y de ese pacífico modo, pudimos vivir en armonía con quienes tenían todo el derecho de tratarlos como enemigos”. Y tanto, que pronto se hizo costumbre que

¹ Véase nuestro libro *El Perú en la literatura de viaje europea de los siglos XVI, XVII y XVIII*, Lima, Facultad de Letras de la Universidad Mayor de San Marcos, 1963.

los vecinos del lugar fueran a verlos todos los días, como si se tratase de huéspedes distinguidos.

Después fueron conducidos a Lima, donde recibieron una recepción mucho menos calurosa. Sometidos a juicio, fueron condenados a prisión, mas la buena suerte los acompañó nuevamente, pues nuestro autor fue liberado gracias a la intervención de un valido del virrey. Sus compañeros también lo fueron, pues oportuna e interesadamente se convirtieron al catolicismo, y se dispersaron, muy devotos, por los conventos de la ciudad. Con buen humor cuenta Betagh cómo se topó un día con unos de ellos:

Lo primero que vi es que tenía su catecismo en una mano y un par de gruesos rosarios colgando de la otra. Sonreí y le pregunté a mi compañero cómo se sentía, y dijo que muy bien, ya que si tenía que elegir una religión, era mejor esta que ninguna, puesto que le había procurado buena comida y bebida, y una vida tranquila.

Y no sólo eso, sino que los nuevos católicos se reunieron, en cuanto les fue posible, para celebrar su conversión en casa de un paisano, llamado John Bell, casado por más señas con una negra. Y tan bien regado fue el jolgorio, que pronto estuvieron borrachos y se pelearon, y olvidando su catolicismo confundieron la imagen de un santo que había en la estancia con uno del grupo, y le dieron una paliza. La cosa llegó a oídos de la Inquisición, y volvieron a chirona, pero otra vez la fortuna los favoreció y a poco salieron libres, y, aunque nuestro autor no lo dice, se mostraron sin duda más prudentes.

En la capital Betagh se dedicó a observar el país y a sus habitantes. Reparó en la bondad del clima, en el buen trazo de la ciudad, en la suave [?] corriente del Rímac. Enumera las variedades raciales de los habitantes, tan complicadas que distinguir las constituía toda una ciencia. Y, como es natural, no tardó en advertir que los indios y los negros realizaban todos los trabajos fuertes, ya que “tener una cara blanca era suficiente motivo para no hacerlo”.

Tomó nota, por cierto, de la extremada afición por el lujo que sentían los criollos. Dice al respecto: “De todas las gentes del mun-

do, las de aquí son las más dispendiosas en sus vestidos...” Y señala: “Pero el orgullo de ambos sexos se cifra más que nada en los encajes de Malines y Bruselas con que adornan su ropa blanca, de la más extravagante manera, sin omitir sus sábanas y almohadas”. No menor era la profusión de joyas, perlas y piedras preciosas con que engalanaban sus manos, cuellos y orejas.

Pero el aspecto que con más atención observó fue el de la vida amorosa, incitado sin duda por gratas experiencias personales. Las páginas que consagra al tema son las más animadas y las que dejan una imagen más original y novelesca. Escribe al respecto: “...la galantería y la intriga son llevadas aquí a la perfección, pues [los limeños] consagran tanto de su tiempo al servicio del bello sexo, que Venus parece tener asentada aquí su corte. Es indecoroso no tener una amante, y escandaloso no mantenerla como se debe”.

Nadie ha celebrado como él, en su época y en su idioma, y con tal galantería, a las limeñas, en las que encuentra en admirable proporción el físico hermoso, lleno de gracia en los movimientos, y el donaire y la espiritualidad del ingenio:

En cuanto a las mujeres, tienen muchas cualidades, tanto naturales como adquiridas. Su conversación es desenvuelta y vivaz, sus movimientos llenos de gracia, su apariencia encantadora y sus palabras cautivantes. Tienen todas una figura delicada, no malograda por rígidos corsés, sino librada a la belleza de lo natural, de tal manera que no se ve entre ellas ningún cuerpo contrahecho. Sus ojos y dientes son particularmente excelentes, y su cabellera, por lo general de un color oscuro brillante, es peinada con elegancia y sujeta con cintas, pero nunca disfrazada con polvos, y así la claridad de su piel en torno a las sienes se ve bellamente sombreada, a través de su cabellera, como la luz a través de un paisaje.

El coloquio amoroso era, según Betagh, todo un rito que se realizaba a la hora de la siesta, y después nuevamente a la hora del anochecer, pero siempre en un clima de gran discreción. Más tarde, acabadas ya las plegarias, salían los hombres a ver a sus amadas:

...Constituye costumbre universal disfrazarse de una manera o de otra; ya que aquellos que no tienen una amante tienen vergüenza de ser considerados como demasiado virtuosos, y se ven forzados, con cualquier máscara, a seguir la corriente. Pero como todo esto es asunto nocturno, tienen establecida una regla para prevenir las riñas, cual es la de nunca dirigirse la palabra ni tomar nota de nadie, ya sea que vayan en pos de un simple escarceo amoroso, o que estén de visita con sus damas, de modo que, en suma, la mayor parte de la noche es toda una mascarada, y ello a lo largo de todo el año.

Novelescas prácticas, sin duda, pero también confortables, y no exentas de hipocresía: "Todo ello se hace con la mayor gravedad imaginable, de modo que la práctica del amor se hace decente, segura y fácil, de modo que un hombre puede tener una querida sin ningún inconveniente visible, y gastar toda su plata sin temor de reyertas o duelos". Todo ello a diferencia de lo que sucedía en ciertas "metrópolis nórdicas", en las que de continuo se ofendía al bello sexo con "palabras chocantes y acciones escandalosas".

Como ilustración del alto aprecio en que se tenía las cosas del amor, cita el caso de una mujer que, movida por excesivos celos, y a pesar de ese modo de amar y de actuar, tan bien regulado en los hechos, dio muerte a su amado y fue llevada a juicio:

Y cuando todos esperaban que sería condenada a prisión de por vida, los jueces estimaron que no había habido premeditación, y que había sido un exceso de amor lo que la había empujado a ese acto irreflexivo. Luego de lo cual fue absuelta, entendiéndose eso sí los expertos en casuísticas que en rigor ella habría debido quitarse la vida. Caso que muestra cuán sagrado se juzga en Lima un caso de amor, aunque fuese en un mero estado de concubinato.

Como conclusión de todo ello, Betagh escribe una final y acaso nunca igualada apología de Lima:

Como resumen diré solamente que los españoles peruanos están más dotados para la felicidad en este mundo que ningún otro pueblo. Si son indolentes, la mucha riqueza lo determina

así. Si son delicados, es porque la suave serenidad del clima contribuye en mucho a ello. No se necesita mucha economía y trabajo allí donde todo el año es una fructuosa primavera.[...] En nuestras neblinosas y diferentes regiones muchas [de sus] costumbres serían condenables, pero son aquí puro efecto de la naturaleza, pues el día y la noche son un feliz término medio entre el calor y el frío.

Y continúa, con palabras en verdad memorables: “Por lo tanto, si la inclinación general de la naturaleza humana es hacia una permanente felicidad y liberación de todo sufrimiento, el hombre de placer debe trasladarse al Perú, y hacer de Lima su paraíso temporal”.

En Artes & Letras, de El Mundo, semana del 31 de julio al 6 de agosto de 1994, con el título de “Un pirata galante en Lima. William Betagh y un testimonio sobre el Perú en el siglo XVIII”.

La nueva Triana o Abajo del Puente

En la margen derecha del río Rímac, y frente a lo que se viene llamando el damero de Lima, está el barrio de Abajo del Puente. Esta designación, de por sí sugerente y plena además de nostálgicas reminiscencias, se va perdiendo. Se impone, en cambio, el prosaico y escueto nombre de Rímac. Ese progresivo reemplazo de un topónimo por otro es paralelo a una pérdida de personalidad, a la desaparición de monumentos y a la degradación y caótica expansión de la ciudad.

En la Historia general del Perú, capítulo XIII del Libro III del mercedario fray Martín de Murúa, que trata "De la ciudad de los Reyes y su descripción", leemos: "De la otra parte de la puente está otra población, tan grande que casi se puede llamar otra ciudad. Dízenla la Nueva Triana, a imitación de la de Sevilla, y cada día se va aumentando con nuevos edificios y casas, y hay en ella todos los oficios; y como está allí el matadero y rastro, muchos vezinos gustan de habitar en ella".

El religioso, contemporáneo de Guaman Poma y objeto de su ojeriza, terminó su crónica hacia 1612. Lima había adquirido ya, por entonces, la fisonomía que exhibió a lo largo de la Colonia, y en ese contexto urbano el barrio prosperaba a ojos vistas. Y su inspiración andaluza, y lo que había de savia popular en sus calles, inducían a llamarla Nueva Triana, apelativo que, por lo que sabemos, no fue de larga vigencia.

En el siglo XIX, sobre todo en su primera mitad, ese carácter no sufrió mengua mayor. Abajo del Puente, con sus paseos, su Alameda de los Descalzos, sus amancaes, era como la quintaesencia de lo limeño. Después, en la segunda mitad de la centuria, y sobre todo en los años que siguieron a la Guerra del Pacífico, esa lozanía comenzó a decaer. Más tarde, durante el oncenio de Leguía, la nueva orientación del desarrollo urbano —cada vez más hacia el sur—, acentuó ese estado de cosas. Y ahora, en estos días, la proliferación de pueblos jóvenes, la dispersión de los núcleos, el gigantesco crecimiento de lo que se llama, con feo nombre, el cono norte, y la periódica irrupción de decenas de miles de vendedores callejeros, parecen condenar al viejo barrio a una decrepitud lamentable.

Lo que acontece no admite mayores esperanzas. A la elegía de los balcones, de las iglesias, de los monasterios, debe sumarse la de sectores enteros, como los Barrios Altos. Sumarse también, en gran medida, la del encanto pasado de Miraflores, de Magdalena, de Barranco. La Nueva Triana de Murúa se desvanecerá también en el recuerdo. La destrucción de toda esa Lima —su imagen, su singularidad, su halo— es irremediable. Y todos sabemos quiénes son los más responsables.

En Correo, 13 de abril de 1979.

De cambutos, chamelicos, díceres...

Algunos trabajos sobre literatura peruana del siglo XIX, y la constante relectura del Diccionario de Peruanismos de Juan de Arona (1884), y a veces de las Tradiciones de Palma, me han llevado a detenerme en vocablos y giros limeños hoy olvidados, y que, sin embargo, tuvieron en otros tiempos una fresca y difundida presencia, y en los que de algún modo se reflejaba un modo de sentir, de apreciar y de vivir que aún puede llamarse limeño.

Comencemos por esa palabra usadísima, consubstancial a la mujer limeña, por así decir, que era ¡gua! “Interjección que en sí misma no significa nada”, dice Paz Soldán y Unanue, “...pero que se ha hecho de gran celebridad entre los extranjeros, por la frecuencia y gracia con que la usan las limeñas...”. Y en otra parte: “Esta exclamación tan graciosa en las mujeres, de quienes es peculiar y en quienes constituye un dengue y una monada...”. ¿Quién la usa ahora en Lima? ¿Qué muchacha se preocupa hoy de dengues y monadas? ¿Acaso no asumen las jóvenes, cada vez más, el vocabulario de sus pares varones, incluidas las palabrotas?

Y ya que hemos comenzado con las limeñas, ¿por qué no recordar díceres, vocablo que se empleaba a todas horas y todos los días en la parla femenina, y que significaba, en esta capital del chisme, murmuraciones, habladurías, con las que se daban guerra sin tregua las vecinas de la tres veces coronada villa? ¿Y disfuerzo, vivo aún, pero amenazado de extinción, pues otras son las

formas de coquetería, y se hallan ya fuera de lugar los sinónimos que cita el Diccionario —descoco, falta de compostura, monadas, fieros? Y ¿por qué no, en otro registro, el sustantivo dormilonas, que designaba lo mismo que pendientes o zarcillos?

¿Y guasaquíú? ¿Quién de nuestros cultores de Lima y lo limeño se acuerda de la expresión de guasaquíú? Y, sin embargo, de acuerdo a Arona, de guasaquíú era “todo lo esencialmente limeño o criollo.” De seguro que ninguno de los candidatos a la alcaldía, y mucho menos el ciudadano de cultísima labia que hoy preside nuestra patria, ha visto en su vida palabra de tanta y tan limeña prosapia.

¿Sabe el lector que antaño las nativas de esta capital usaban mucho el adjetivo cambuto? Quería decir pequeño, rechoncho, obtuso, aplicado a una persona o cosa, y se decía también, apelando al diminutivo, cambutito. Palabra que le cae como anillo al dedo, para citar un caso, a cierto parlamentario cuyo nombre mejor olvidamos. Y si se trata de cosas, podía ser cambuta una aguja, y cambuta una silla. Mucho se empleaba asimismo la voz chamuchina, con el significado de plebe, populacho, o como dice Arona, “gente ruin y soez”, sin mayor connotación racial o económica, por lo demás, y con el énfasis puesto más bien en la vulgaridad. ¿Quién usa hoy el término? Nadie, y ello podría ser incluso peligroso si se tienen ambiciones políticas y se quiere apelar a las mañas del populismo electorero, así sea en su versión “no tradicional”.

Pinganillo y pinganilla equivalían a elegante, a chic, y tenían, como equivalente algo más antiguo, a chamberí, que también quería decir persona gastadora, ostentosa. Existían asimismo sustantivos como chamberinada, y había un tipo de pan que se llamaba pinganillo, que supongo era el mismo que también se conocía en femenino, como pan pinganilla. Ahora ni la más vieja de las abuelas se acuerda de tales términos. Tenemos por otro lado, con su deliciosa fisonomía, el limeñismo chamelicos, sinónimo de cachivaches, para designar trastos viejos, como el quechuismo cacharpas. Y más o menos en la misma onda la “voz chusca” de chancarretas, palabra no intercambiable con la de chanchullo, sino que se decía

del zapato enchancletado, “como suelen usarlo en su recámara hombres y mujeres de cierta clase o carácter... [y que] produce un ruido que por cierto no es el de las choquezuelas del Rey Don Pedro...”. Al respecto me acuerdo de haber oído decir en mi infancia a una señora vecina nuestra, aquí en Lima: “Ahí pasa el chino don José, con sus chancarretas”. ¿Se imagina el lector a cierto y encumbrado personaje andando por palacio, cual oriental fantasma, todo en chancarretas?

Pasemos ahora a otro plano, el de las cosas de comer. Quedan todavía, como sabemos, porque aún se preparan y consumen, el champuz (especie de mazamorra), el ante (bebida compuesta de vino, almíbar, almendra y canela, con rodajitas de limón o de naranja), la chapana (pasta de yuca y camote). Pero ¿quién dice *saine*, refiriéndose a un “regalo escogido, de comer, que se mandaba a una casa”? ¿Quién se sirve del simpático sustantivo plural *parranfitos*, del cual escribe Juan de Arona: “delicado y succulento *limeñismo*, con el cual se designaban los bocados escogidos y exquisitos, diciéndose comer *parranfitos*...”.

Y, para terminar, recordemos una palabra “del más puro *limeñismo* y de *grandísimo* uso”: *mozón*. ¿La ha escuchado el lector? No, seguramente que no, ni nosotros tampoco. Su sentido era el de *truhán*, *bufón*, *chulo*. Muy lamentable su desaparición, pues de veras nos habría servido bajo el presente régimen, así como el de *chanchada*, aún no extinguido por completo —en la acepción de *traición*, de *vileza*— para calificar muchas cosas en los tiempos que corren.

En Cultural de Expreso, 18 de octubre de 1998.

Elogio y defensa de la quincha

En tiempos recientes se ha aprobado, por los organismos pertinentes, la utilización del adobe en la construcción de viviendas y locales. Es decir, su empleo en Lima y, suponemos, en otros núcleos urbanos de importancia, pues sería absurdo pretender normar restrictivamente su uso en las ciudades pequeñas y las aldeas, en donde una elemental razón de orden económico, y el peso de la tradición, le asignan un primer lugar en las preferencias de los pobladores. Más aún, a la vez que se han reconocido sus méritos, se han previsto y hecho obligatorias ciertas modificaciones en su empleo, de tal modo que ofrezca adicionales ventajas constructivas. Y se le llama, por ello, "adobe estabilizado".

Un papel semejante al del adobe —tan generalizado en la sierra—, es el que ha cumplido y cumple aún en la costa la caña de Guayaquil, conocida más comúnmente como quincha. Es entre nosotros material de vieja memoria. Tenemos allí, para atestiguarlo, numerosos monumentos y edificios de épocas pasadas, especialmente del siglo XIX. Encontramos la quincha tanto en viviendas modestas como en casas aristocráticas, y en claustros, hospicios, capillas. Ha dado forma y trabazón a las paredes, altura a las fachadas, soporte a los techos.

Adivinamos su presencia allí donde nos topamos con muros altos, delgados, ligeros. Allí donde los arabescos de un art nouveau cada vez más lejano extienden su exótica floración sobre los para-

mentos. Sabemos que sostiene esas viejas casas del centro que aguardan, entre estoicas e indiferentes, su inminente demolición. Aérea y versátil quincha, ¿cómo no intentar su defensa?

Si alguna vez ha habido una arquitectura propiamente limeña, ésta ha sido y es una arquitectura de quincha. No busquemos lo limeño en los balcones, tan hermosos, cuyos orígenes se hallan, como es sabido, en la arquitectura islámica del norte de África y de Andalucía. Oficiaban, en esas regiones, de suntuoso resguardo contra el calor, y eran signo de toda una concepción de la vida social. En Lima, en cambio, han sido más bien avanzada para los ojos indiscretos, mirador de procesiones, galanteos y revueltas, y lujo, proyección, florescencia. No busquemos tampoco lo distintivamente limeño en las plantas de las casas, centradas en un patio cuadrangular, y menos aún en la predilección decorativa por los azulejos y las rejas. Encontrémoslo, más bien, en la asociación de esos elementos con una materia barata, flexible, utilísima: la quincha. Sólo a partir de ella puede hablarse de una arquitectura limeña. Una arquitectura en vías de desaparición, ciertamente, pues la moderna que hoy yergue sus altos perfiles de acero, concreto y cristal —algunos muy bellos— es tan nuestra como pueden serlo el automóvil, el supermercado o la televisión. Reiterémoslo. La arquitectura limeña es una arquitectura de quincha.

Sucede, además, que la quincha ofrece una imagen bastante vívida y completa de la idiosincrasia limeña. Es ligera, y muy dispuesta a elevarse y a ofrecer apresuradas soluciones. Es leve, y ajena por vocación a toda inquietud por lo consistente, recio, fundamental. Es versátil, pero también acomodaticia, perezosa, lánguida. Se aviene al ocultamiento, pero se revela de inmediato en vanos y proporciones. Pero en su levedad resiste y desafía, como ningún otro material, a los sismos. He allí su mejor cualidad. Y en la vejez, finalmente, podrá exhibir a través de las grietas una vetustez apolillada e incolora; mas no muestra nunca, ni podría mostrar, la senectud sórdida e inhumana del ladrillo.

¿Por qué no reivindicar, entonces, la quincha? ¿Por qué no devolverle vigencia? ¿Por qué no aprovechar sus virtudes, y asegurar un futuro al estilo que sus propiedades determinan? Bien puede haber, también, una "quincha estabilizada"...

En *Correo*, 4 de junio de 1977. Y en *Hombres, paisajes, ciudades*. Lima, Lasontay, 1981, pp. 3-6.

Decadencia y ocaso de lo huachafo

El profesor Willy Pinto ha dedicado muchas páginas, en un reciente número de la revista Letras, a la figura olvidada del periodista y escritor Jorge Miota (1871-1926?), inventor, según se dice —o introductor, en todo caso—, del vocablo “huachafo”, con el significado y connotaciones que todos conocemos. La lectura de ese artículo nos ha llevado a tomar nota de la frecuencia con que se oía la palabra hace veinte o más años, y de la relativa rareza con que ahora se escucha. ¿Se extingue acaso lo “huachafo”?

El concepto evocado por ese término —muy cercano al del adjetivo español “cursi”—, fue parte de todo un complejo estructurado de valores y desvalores, patrones de conducta y formas del gusto, que alcanzó plena vigencia en el primer tercio de este siglo. Pues en ese lapso se afirmó un modelo social caracterizado por un fuerte centralismo, y, en la capital, por una marcada oposición entre una burguesía de pretensiones aristocráticas, y clases medias y populares animadas por afanes de ascenso social. Esa burguesía situaba sus modelos no ya en la metrópoli colonial, sino en Francia, y, en grado que fue aumentando con el tiempo, en los Estados Unidos. Estimaba como patrimonio suyo no solamente la riqueza y el control de los gobiernos, sino, además, la instrucción y un especial sentido de lo “decente” y lo decoroso, y, en suma, del buen gusto. Este último criterio, en particular, asumía el rango de un parámetro autentificador y diferencial. Sólo podían hablar

bien, conducirse apropiadamente y vestir con elegancia, los que pertenecían por nacimiento y posición económica —y en todo caso por educación— a las clases altas. Y si quienes no pertenecían a ellas trataban de apropiarse de esos rasgos, para exhibir un nivel que no era suyo, eran pronto traicionados por discordancias más o menos manifiestas, que suscitaban la burla de la “gente bien”. Y la burla, en efecto, ha sido siempre el arma más eficaz para reprimir los intentos de elevación social, en ésta y en otras sociedades. El instrumento más seguro para poner en evidencia la condición plebeya y vulgar de los aspirantes.

Esos afanes eran visibles, sobre todo, en el caso de las mujeres. O sucedía, en todo caso, que las mujeres de la élite eran las más celosas defensoras de los privilegios y fronteras de su clase, armadas con todo el filo y gracejo del modo de ser limeño. Y sus primeras víctimas eran, naturalmente, las mujeres. No había gesto, expresión, hábito, prenda, que se sustrajera a su perspicacia. Con inexorable agudeza detectaban esnobismos y cursilerías. Y de inmediato acudía a sus labios el adjetivo “huachafa”, que era aplicado y repetido con rigor definitivo.

La categoría de lo huachafo, es verdad, reducía su ámbito, en gran medida, a la capital, y si era usado en las provincias lo era en el marco de una oposición de clase homóloga a la oposición Lima-provincias. No se aplicaba, por lo general, a los provincianos, y menos aún a los indios. Esa temida calificación apuntaba, antes que nada, a personas de clase media baja, o de clase obrera emergente, principalmente de los barrios populares.

La connotación peyorativa, por otro lado, se fue entretejiendo de otra más benévola, y no exenta de malicia. Se veía en la huachafa, además del mal gusto, una cierta ingenuidad, al par que una fundamental alegría y desenfado. Esa resonancia era casi afectuosa tratándose de muchas solteras y agraciadas. Tener por allí una huachafita, más o menos encubierta, era para un mozo de sociedad etapa obligada, deleitoso aprendizaje. Ese nimbo se desvanecía, en cambio, si se trataba de mujeres casadas, animadas por una voluntad ya más sistemática de ascenso. Y la calificación se hacía

especialmente malévola si las víctimas eran esposas de diputados, de coroneles, de nuevos ricos.

Han transcurrido los años. El campo se vuelca cada vez más a la ciudad. Los limeños genuinos son reducida minoría en la capital. Y la emergencia de grupos medios con cierta cultura —profesionales, intelectuales, artistas, técnicos calificados—, y la difusión masiva facilitada por la televisión y los periódicos, determinan una extensión correlativa de usos, vocablos, hábitos y distintivos que antes eran de unos pocos. Acontece también que el formalismo que imperaba en las costumbres de otras décadas, ha cedido ahora ante formas mucho más fluidas, laxas incluso, cambiantes (piénsese, por ejemplo, en el estudiado vestir de las damas que acudían al centro de la capital en lustros pasados, y en los “jeans” de nuestros días). ¿Cómo podría conservarse entonces, y tener la misma vigencia, el criterio de lo “huachafo”?

Más aún, lo huachafo tenía que ver con singularidades fácilmente detectables en un medio conocido y homogéneo. Había un consenso, por así decir, en la identificación inmediata del fenómeno. Ahora, con cientos de miles de ambulantes, con innumerables barriadas, con el crecimiento masivo de los grupos medios —y su actual y masivo empobrecimiento—, y en una ciudad que es ya una urbe, la aplicación de esa palabra resulta inadecuada, y, en todo caso, fuera de época. Tiene lugar, pues, en este sentido, un ocaso de lo huachafo.

No desaparecen, por cierto, las contradicciones y estridencias en el uso de palabras y vestidos. El mal gusto es fenómeno de todas las épocas. No han desaparecido las ambiciones emergentes de los grupos de menores recursos. No, desde luego. Sucede más bien que hoy son otras las armas de que se vale la élite, y quienes ingresan a ella, para defender el cerrado círculo de sus intereses y privilegios.

Versión original en Correo, del 14 de enero de 1979. Y en: Hombres, paisajes, ciudades. Lima, Lasontay, 1981, pp. 48-55.

El mambo y los años cincuenta

Al hojear las páginas y fotos de Los apachurrantes años 50, de Guillermo Thorndike, quienes guardamos memoria de ellos nos imaginamos oír, como un lejano pero insistente acompañamiento, la música del mambo. Más aún, son indesligables las personas, acontecimientos y atmósferas de aquellos años y el ritmo tropical que portaba ese nombre tan sonoro.

Yo era, al comenzar esa década, uno de los jóvenes que veníamos de la sierra a Lima para preparar nuestro ingreso en San Marcos. Uno de los que encontraba tantas cosas para sorprenderse, aun si antes, en mi infancia, había residido por largas temporadas en esta ciudad, y más particularmente en Barranco. Ante los patios y claustros de San Marcos, por ejemplo, y ante los primeros recitales en el Teatro Municipal y las espléndidas muchachas que se paseaban por el jirón de la Unión. Y ante la moda, y ese cálido verano, y las frescas tardes en balnearios que todavía eran de verdad balnearios. Y estaba, además, la novedad de administrarse uno solo. Y los boleros, el mambo...

Y no es que yo no hubiese oído su firme cadencia, una y cien veces, en mi ciudad andina, y que no lo hubiésemos bailado y disfrutado, y que no supiésemos de las hembras soberbias que a su compás arrasaban con todo en las películas. Acontecía, más bien, que era en Lima una música que se oía en todo sitio, de día como de noche, inobjetable, avasalladora. La escuchábamos por la ra-

dio, en los parlantes de los comedores universitarios, en las tiendas de los chinos, en las peluquerías, en los cines, y, naturalmente, en las fiestas. A pesar de todo ello también traía un cierto prejuicio desfavorable, por mi personal identificación con los huaynos y demás aires de la sierra, y por mi amor y cultivo de la música de Bach, Beethoven o Chopin. El mambo se me antojaba, al menos por momentos, estridente, primitivo, y hasta casi, casi vulgar. Mas, poco a poco, su imperiosa cadencia se impuso sobre cualquier otra consideración, sobre todo en las abrumadoras versiones de Pérez Prado. Y cuánto llegamos a disfrutar así, en ese verano y en los meses subsiguientes, de su jubilosa e infatigable vitalidad.

Todavía se bailaba el vals, claro está, pero ya nos parecía anémico y lacrimoso, cuando no simplemente huachafo. Era popular el bolero, sobre todo por la íntima cercanía, a media luz, con la damisela amada, y por el modo fácil en que daba expresión a los suspiros juveniles, ¿y qué podía importar, entonces, que fuera lo más amelocho y pegajoso del mundo? Y se usaban también otros bailes, como guarachas, polcas y otras cosas, pero nada podía competir, si de alegría y sensualidad se trataba, con el mambo.

Y es que poseía un vitalismo tan confiado, tan optimista, tan triunfal, que en comparación la cumbia actual parece volandera, algo triste e insustancial la salsa, arcaica la guaracha y desconcertante la hibridez de la música chicha. Por todo ello, sin duda, los jóvenes y muchachas de entonces no teníamos ningún empuje en desafiar las condenaciones episcopales, que las hubo, y muy claras, en contra de esa danza "movida", "escandalosa". Y es innegable, en fin, que de algún modo el mambo expresaba la positiva aunque quizás ingenua esperanza con que la nueva generación de entonces abordaba la existencia, a despecho de la dictadura odríista, de la corrupción, y del orden social arcaico que por entonces prevalecían.

En La República, 11 de enero de 1983.

La "Nochecita"

Quienes estudian, saben o recuerdan otras lenguas, han tenido oportunidad de observar que no hay en español un término que designe a ese tramo que va desde la puesta del sol hasta la hora de recogerse, término que existe sí en otros idiomas.

Tenemos así que el vocablo inglés evening es definido por el Concise Oxford Dictionary como "conclusión del día, especialmente desde el ocaso hasta la hora de acostarse". Y el Webster's Dictionary dice, más explícitamente: "la última parte y fin del día, y parte primera de la noche". En francés, igualmente, nos topamos con la palabra soir, que el Larousse conceptúa, lacónicamente, como "la última parte del día". Y se cuenta, además, con soirée, que se entiende a su vez como "espacio de tiempo desde la caída del día hasta el momento en que uno se acuesta". De modo semejante, el italiano dispone de sera, el alemán de Abend, y así por el estilo.

Tornando ahora al castellano, vemos que "tarde" no tiene ciertamente esas acepciones. Designa más bien las horas que siguen al mediodía y preceden al oscurecer. "Noche", por otro lado, comprende el periodo en que no alumbra ya el sol, y es, por tanto, voz mucho más genérica, y en nada reducible a evening o soir. Y compuestos como "prima noche" o "sobretarde" no acertarían tampoco a evocar esas tres o cuatro horas que siguen al crepúsculo vespertino. No contamos, pues, con un vocablo equivalente a los de esos idiomas, y se nos queda innominada esa importante parte de nuestro tiempo.

Mas aquí en Lima, y más particularmente en los sectores medios, se ha inventado una palabra que no tiene que ver con la última parte del día, sino con el comienzo de la noche. Una palabra que cubre el intervalo que media entre el obscurecer y —digamos— la hora de la cena (¿por qué usamos el prosaico término de “comida” para la última del día?). Esa palabra es “nochecita”.

Como el lector ha quizá percibido, forma parte sobre todo del vocabulario femenino. “Ven a la nochecita”, “Conversaremos a la nochecita”, “Paso por tu casa a la nochecita...”, dicen las damas y damiselas limeñas. Y en verdad se oye delicado y fino, cuando no coqueto, ese vocablo en sus labios. Y se adecua, por su terminación de diminutivo afectuoso, y por la forma en que es pronunciado, a ese periodo tan propicio para asuntos tan gratos a las muchachas y las no tan muchachas, como son conversar, ir de compras, hablar de modas, lucir las gracias propias e ironizar sobre las ajenas, etc. Es allí perfecto el término, y no podría serlo, en cambio, tratándose de conferencias, misas, ceremonias y otros graves menesteres.

Hay también mucho de revelador, sin duda, en el hecho de que con tanta facilidad el espíritu limeño convierta en hora amable y frívola esa iniciación de la noche, o por mejor decir, de la Noche. ¿No es la Noche la matriz y germen de todo, que tanto han celebrado ciertas religiones, las mitologías y la poesía? ¿No es el principio y fin de todo?

Y, por si fuera poco, los hombres empiezan también a usar el tal término. Mas no suena en boca suya, por cierto, con el sabor de mohín y fruslería que tiene en los labios femeniles, sino como palabra banal e insípida, y simple código para denotar cierta parte de la noche. Se va generalizando su uso, y perderá poco a poco la gracia que le rodeaba en sus orígenes.

¿Tendremos que decir adiós a la nochecita?

En La República, 5 de febrero de 1982

“Oseanidas”

Es un extraño mal el que sigue afligiendo a nuestras jóvenes. Ese mal que las obliga a emplear a cada momento, sin mayor necesidad, la locución “o sea”. Lejos de menguar, el hábito parece adquirir renovada vitalidad hasta tomar los caracteres de una endemia. Y, en el caso de muchas estudiantes, se muestra con la reiteración compulsiva de una manía.

Una señorita que conozco, por ejemplo, incurre en curiosas duplicaciones, pues no se limita ya a prodigar sus “o sea” a cada paso, sino que dice, además, con alarmante frecuencia: “o sea que o sea...”. Y cabe pensar, efectuando una proyección de su dolencia, que pronto alcanzará un nivel terciario, por así decir, y que dirá: “o sea que o sea que o sea...”, en obsesivo encadenamiento.

Este vicio nos induce a evocar, por asociación fonética, las oceánidas de la mitología griega. Como se sabe, eran hijas de Océano, titán del cual descendían los dioses, según el canto XIV de la *Ilíada*, y padre de los ríos del mundo. Eran, pues, las ninfas del mar, y parientes por lo tanto de las náyades. Y de oceánidas era el coro que se detuvo, en alado carro, junto a la roca en que sufría Prometeo, en la famosa tragedia de Esquilo.

Nuestras muchachas se encuentran muy lejos, por cierto, de las oceánidas clásicas. No es el suyo el compasivo y cadencioso discurso con que éstas consolaban al titán, ocasión en que se precavían: “y que nuestra lengua no peque”. Pero sí son, huelga de-

cirlo, incorregibles “oseánidas”. De sus labios fluye un río casi tan incontenible como el río Océano que circundaba la tierra. La perspectiva binaria o terciaria de sus “o sea” acabará por ahogarlas en un mar de alternativas tan nerviosas como inútiles. No tienen, tampoco, un héroe al cual dedicar sus piadosas razones. Y pecan sus lenguas —incansables lenguas limeñas— como peca su espíritu, y en ello va implícita la punición de un charloteo sin substancia ni sentido.

¿Qué hacer frente a esa enfermedad? Olvidarnos, acaso, de las parladoras más feas y vacías. No reclamar sentido ni riqueza a su cháchara. Y fijar nuestra atención, cuando el caso lo permita, en las manos finas, en los ojos oscuros, en el ropaje de odaliscas. Y ver en ellas, en concentrado esfuerzo, sólo a las ninfas de estas tierras, a las náyades, y jamás a las “oseánidas”...

Publicado originalmente en *El Dominical de El Comercio*, el 30 de abril de 1978, p. 9. Después en *Hombres, paisajes, ciudades*, Lima, Lasontay, 1981, pp. 42-44. Luego en *Antología de Lima 1935-2000*. Lima, Fundación Manuel J. Bustamante de La Fuente, 2002, pp. 197-198.